

PENSAR GEOGRAFÍAS

THINKING GEOGRAPHIES

Diamela Eltit
diamelaeltit@gmail.com

Mi texto se funda en viajes múltiples, simbólicos o materiales. En esta ocasión quise buscar en la palabra “transatlántico” un espacio para pensar superficies, textos, memorias, cuerpos. Y, desde luego, pensé en el agua.

Qué hacer con el agua. Es exceso y carencia. La sede más intensa, literal del naufragio. Material inapreciable para Luis de Góngora, quien en los inicios del siglo XVII construyó, apelando a la tempestad y al oleaje más destructivo, su poema emblemático “Las Soledades”: “tu codicia, tú pues en las profundas/ estigias aguas, torpe marinero/ cuántos abre sepulcros el mar fiero/ a tus huesos, desdeñas”. Desde ese barroco intenso e insumiso, el poeta develó la ambición por la riqueza de los navegantes de su tiempo. Ese tiempo en que, desde la mirada de Góngora, los buscadores de territorios y fortunas, junto a sus marineros, emprendieron el desafío de la violencia marítima al punto de devaluar la propia vida. “Las soledades” señaló la navegación como una apuesta al oro que transportaba, en una de sus aristas más tangibles, el centro de la tumba.

La ecuación entre riesgo y navegación no ha cesado. Es latencia pura. Allí está el fantasma o la realidad del naufragio, solo que hoy, en el siglo XXI, retoma de manera invertida los signos de muerte gongorinos en el agitado desplazamiento de miles de migrantes asolados por complejos conflictos, muchos de los cuales son detonados por las rentables, precisas, tecnológicas máquinas de guerra que provienen de la codicia. Una codicia revestida de ideología y de una multitud de principios. Discursos orquestados y liderados por países que están abiertamente coludidos para consolidar la dominación mundial y el poder sobre las riquezas alojadas en los territorios en conflictos.

Es esa ambición destructiva, incrustada en el presente, la que provoca la precipitación de viajes masivos, incesantes, marcados por la fragilidad. Miles de miles de cuerpos que, ahora mismo, ya no buscan oro sino solo la sobrevivencia para retomar la costumbre de vivir. Pero, ellos, los desplazados o, como diría Fanon, “Los condenados de la tierra”, los castigados por la historia y la codicia global, huyendo de la muerte, encuentran ahora sus “sepulcros” en el “mar fiero”.

A partir de esas imágenes quisiera navegar yo misma de manera riesgosa (nunca aprendí a nadar) por algunos textos, por ciertas memorias propias y ajenas; partiendo desde Góngora y su intricado barroco que mucho más adelante fue retomado por un grupo de escritores latinoamericanos que consiguieron inscribir las singularidades de sus propios signos.

Escritores enfrascados en complejos giros verbales que apelaban al desorden retorciendo la ley que impone la gramática. Autores que se arriesgaron al abrir una zona de caos en un intento ultra deliberado por des-normalizar. Solo por nombrar a dos exponentes, recuerdo aquí a José Lezama Lima y su laberíntico *Paradiso* hasta llegar al barroco súper popular de *La Huaracha del Macho Camacho* a la que Luis Rafael Sánchez le imprimió su gozosa marca isleña. Resulta interesante que, entre otros, los escritores caribeños, hayan liderado o impulsado o transitado ese estilo neobarroco o neobarroso (como diría Néstor Perlongher) y consiguieran tensar la letra apelando a la audacia contenida en sus imaginarios para sostener e inscribir una forma provocativa de escritura.

Pienso en el agua más cálida que los rodea.

Pienso también en la dualidad trasatlántica –barco/monumentalidad/océano- y cómo el barroco-letra “gongorina” se desplazó entre océanos para imprimir nuevas rutas en la navegación ficcional literaria. Así las manos de los escritores locales del siglo XX, instalados en administraciones relativamente republicanas, relativamente poscoloniales, trazaron la diferencia. Lo hicieron de la misma manera en que las manos oficiosas y los imaginarios de los artesanos indígenas y mestizos alteraron, con signos provenientes de su esmerada estética, las construcciones europeas implantadas durante la larga colonización de América. Lo consiguieron introduciendo sus propios decorativos e inalienables signos para así inaugurar una arquitectura otra, irrepetible, que se emancipó de su modelo mediante sus propias intervenciones. En un sentido análogo, la palabra y el exceso del neobarroco latinoamericano imprimieron su trazo diferenciador y la letra adquirió una sede expansiva mediante la adición creativa de lo propio.

Ahora mismo y, eso es lo central, a la manera de un viaje, me permito citar libros literarios, aunque también textos que pertenecen y emanan de otras disciplinas pero que abordan lo propio. Libros singulares y trabajos que recogen restos, finales, retazos, descabros. Libros que me generaron dudas acompañadas de certezas. Pero que, en tanto libros-huellas, me permitieron pensar cómo lo local consideró a lo local de lo local.

Lo que quiero señalar es que algunos textos me obligaron a pensar de qué manera el desplazamiento trasatlántico operó siglos después del mega viaje, cuando ya estaba formalizada enteramente la República. Detenerse en cómo el Estado chileno se pensó a sí mismo, cuál fue la forma de consignar su propia periferia frente a realidades internacionales y como actuó, con una desidia cruel, ante algunos de sus propios

pueblos cercados por el agua o directamente navegantes hasta producir un resultado –para decirlo de alguna manera– anti barroco, codicioso, letal.

Pero antes me parece oportuno consignar ciertos viajes personales, momentos aparentemente cotidianos, escenas o cruces que producen encuentros literarios ubicados en los bordes, lecturas que no estaban presagiadas de antemano y que resultan sorprendentes. Ese encuentro hasta cierto punto común pero que porta un flujo que no puede ser detenido o bien olvidado, porque se inscribe de manera memoriosa y memorable.

Recuerdo ahora un atardecer (hoy mismo rememoro la escena concreta con una nitidez sorprendente) mientras caminaba por el centro de Santiago, en algún momento preciso que solo soy capaz de suponer que transcurría a finales de los años setenta, me detuve en la calle ante un canasto de oportunidades que estaba afuera de la librería y que anunciaba una liquidación final. Un gran canasto colmado de libros desordenados que promovía literatura a un precio muy conveniente para mi economía más que precaria de ese tiempo. Allí, parada frente al canasto, a finales de los setenta, en esos años tétricos pero lo únicos que teníamos, escarbé los libros tal como hoy lo haría una cartonera. Entre una serie de títulos y posibilidades, escogí y compré *El cuerpo de Giulia-no*, del escritor peruano Jorge Eduardo Eielson, lo compré porque sí o ¿por qué no? y después, cuando lo leí, encontré un impulso estético que me ha acompañado hasta hoy por su singularidad al explorar un camino que no estaba en la plenitud de los centros durante ese tiempo. Ni estuvo después ni está ahora mismo. Un libro diverso. Complejo en su diseño. Una escritura contenida y arriesgada a la vez, parapetada en la expansión de la letra, en ese artificio que cautiva por la creatividad ante el imperativo de organizar ciertas imágenes, ecos, movimientos. Porque aquí, ahora mismo, a través de la figura de Jorge Eduardo Eielson me interesa relevar las literaturas minoritarias, esas precisas obras que se cursan en lo que se podría denominar “baja intensidad” mediática pero que portan estéticas arriesgadas, esos textos que pueblan cada una de las literaturas continentales ampliando los imaginarios.

Nadie me había hablado antes de la novela. Con su lectura, se produjo en mí algo parecido a la exactitud. Hoy me parece que yo no encontré ese libro, sino que él me encontró a mí para encontrarlo. Más aún, algunas de sus partes, me han acompañado en mi propio viaje por la escritura como su larga e interminable lectora. Cito la calle, el canasto, la ocasión económica pero a la vez invaluable porque, quizás, son esos momentos en que hay que escoger desde un canasto las vías, texturas, viajes realmente cruciales para dar un sentido al transcurrir literario. No sé qué me perdí de ese canasto callejero pero sí sé lo que gané.

Cito un pedacito, una arista de la novela.

Esa precisa novela escrita en 1971:

Trato de recordar. No solo tu cabeza roja y tus ojos ribeteados. No solo tu estómago y tus dientes admirables. Sino además el bazo, los riñones, las costillas, la vejiga, los nervios de tu cuello y de tu sexo, tus glándulas oscuras y tus intestinos. La triple cascada de tu sangre, tu saliva y tu orina. Y no solo tus huesos y cartílagos, tus músculos y tus células, sino además tus ácidos y tus sales, los crecimientos extraños, humores, residuos. Todo eso hirviendo, verduoso, putrefacto, sometido a las malditas leyes de la descomposición de la carne, violado por los gusanos (36).

Cito otro pedacito: “Tú sin mirarme, encendiste el gas, pusiste a hervir el agua, preparaste la cafetera y las tazas. O preparaste la cafetera y las tazas, pusiste a hervir el agua y encendiste el gas. O pusiste hervir el agua, encendiste el gas y pusiste la cafetera y las tazas” (38).

Después me informé, era inevitable, acerca de Jorge Eduardo Eielson, me enteré que era un respetado poeta, ensayista, narrador y artista visual. Mucho más adelante conocí a una especialista de su obra, una crítica italiana —él residió en Italia— y hace escasos años encontré a una curadora de arte de Americas Society, en Nueva York, que organizaba una muestra visual que recogía su trabajo.

Siguiendo esta línea de navegaciones culturales, de cruces y sorpresas, recuerdo que conocí al lingüista Oscar Aguilera hace muchos años, gracias a la poeta y crítica Eugenia Brito que lo frecuentaba y ya colaboraba con sus proyectos. Más adelante, cuando Oscar y yo fuimos colegas en la Universidad, me invitó (más de treinta años atrás) a participar en un artículo que pensaba publicar. Un texto que recogía un grupo acotado de narraciones kawésqar en relación a la flora y fauna que rodeaban su entorno. Ya Oscar Aguilera tenía una intensa historia en Puerto Edén, sede hacia donde viajaba de manera sistemática (en uno de esos viajes lo acompañó Eugenia Brito entre otros integrantes) y, lo más importante, dominaba la lengua kawésqar y estaba realizando una gramática junto a José Tonko que fue editada y que hoy está ya disponible.

La invitación que Oscar me hizo consistía en que yo realizara una síntesis de los relatos de la flora y fauna kawésqar destacando los sentidos que percibía en las narraciones.

Lo hice. Lo hicimos. Lo publicamos el año 1986. Un siglo atrás.

En realidad, yo no sabía prácticamente nada de los pueblos fueguinos, solo tenía presente una vaga geografía, una existencia ancestral y los retazos de conversaciones de un amigo de la infancia de mi madre que nos visitaba de manera espaciada cuando venía a Santiago, pues era un funcionario designado en la zona austral, y nos hablaba de las enfermedades congénitas que asolaban a los habitantes originarios del lugar.

Mi pequeña colaboración significó mi ingreso a una serie de lecturas realmente conmovedoras y también aterradoras que consignaban los mega signos de una catástrofe de la cual era imposible salir indemne.

Quiero relevar, entre estas lecturas, *Los nómades del mar* de Joseph Empeaire, etnólogo francés que vivió con el pueblo kawésqar (o alacalufe como suele ser nombrado) entre 1946 y 1948. El libro, escrito en francés, fue traducido al español por el admirado intelectual Luis Oyarzún. Anne Chapman, gracias al estímulo de Joseph Empeaire y Annette Lamin-Empeaire, su esposa, se transformó en una prestigiosa investigadora de los pueblos fueguinos Selk nam y Yamana, autora de libros de un valor inestimable como también realizadora de documentales.

Annette Lamin-Empeaire escribió el prólogo para una nueva edición del libro *Los nómades del mar*, donde ella señala. “Tratar de conocer las cosas como los seres, reconstituir su pasado, es también amar, participar. Fue esta pasión la que hizo que una mañana de diciembre de 1958, Joseph Empeaire descuidara su propia seguridad. Fue ella también la que impregnó toda su vida, haciendo que ésta valiese la pena ser vivida” (9-10). Efectivamente el etnólogo que vivió dos años con el pueblo kawésqar murió en Chile en 1958 debido a un derrumbe mientras continuaba con sus investigaciones. Tenía 46 años de edad. Lo que quiero enfatizar es que, de alguna manera, el etnólogo francés, en el centro de su realidad más real, puso su cuerpo hasta el fin en ese territorio.

Pero antes de referirme a este libro necesario, tengo que señalar que comprendo cómo son de decisivos los modelos de cada época, que no se puede leer el pasado sin considerar los paradigmas en que se estructuraba, porque cada tiempo tiene sus reglas, todas convencionales. Así es. Las épocas generan verdades mediante la naturalización de las normativas, muchas de ellas totalmente cuestionables, pero que se inscriben y penetran en las vidas concretas de manera binaria, básicamente bajo los criterios de valor y desvalor. Normativas emanadas a través de las elites dominantes de cada tiempo, mandatos escritos según sus intereses y deseos.

Porque son ellas, las elites, las responsables de producir verdades o, como diría Pierre Bourdieu, “efectos de verdad” que se inoculan y se impregnan en el resto no elitista de la sociedad. En ese sentido, estoy segura de que muchas de nuestras normativas del hoy serán vistas en el futuro con sorpresa y un grupo no menor van a ser consideradas aberrantes. Desde esta perspectiva, interrogar los pensamientos dominantes de cualquier tiempo, considerando sus condiciones de producción, continúa siendo primordial para aquellos que desconfiamos del totalitarismo y de la “verdad” contenidas en las ordenanzas y los supuestos culturales.

Lo que quiero indicar es que términos como “salvajes”, “indios” (con el sentido peyorativo que tan bien conocemos los chilenos) o “primitivos” provienen de un paisaje convencional que los autorizaba. Desde luego hay que contemplar los paradigmas y los modelos discursivos y mentales para entender sus usos masivos. Comprender, de manera clara, el contexto legitimador de escenarios y las escenas sociales buscando, entre esos términos, precisamente, cada uno de los elementos que descentran o descalabran esas afirmaciones. O bien habría que pensar cómo esos acuerdos operaron como coartada para un proceso agudo de exterminio en diversos territorios que carecían de soportes

institucionales. O, dicho de otra manera, territorios fuera de la ley que permitieron o promovieron la desaparición o el exterminio que afectó, en el espacio geográfico que quiero abordar, a los pueblos originarios que habitaban la llamada “Tierra del Fuego”, particularmente el pueblo Kawésqar.

Para ilustrar algunas escenas que pueden ser consideradas microscópicas y que emanan de las naturalizaciones, los pactos y los acuerdos de los tiempos, no puedo dejar de recordar aquí a Carl Hagenbeck, uno de los responsables de los llamados “zoológicos humanos”. Un zoólogo y director de circo alemán que en 1881 trasladó, mediante un secuestro organizado, a once integrantes de una familia Kawésqar (algunas publicaciones señalan que formaban parte del pueblo selk nam) para exhibirlos por diversas ciudades de Europa. Siempre enjaulados. Siete integrantes de la familia murieron, fundamentalmente de hambre, después de sufrir múltiples abusos físicos y sexuales. Solo cuatro pudieron volver a su tierra.

Y por qué no recordar aquí las conclusiones del importantísimo Charles Darwin respecto al pueblo Kawésqar: “Son los hombres más desgraciados del mundo a causa de la perfecta igualdad que reina entre los individuos”. Más aún, Darwin estableció su juicio respecto a este pueblo cuando observó que: “cuando se le da a uno un pedazo de tela, la despedaza para que cada uno tenga su parte”. Porque el científico pensaba que la única posibilidad de mejorar sus condiciones radicaba en la existencia de líderes, pero, por otra parte, le parecía imposible en la medida que “es difícil que surja un jefe mientras todos estos pueblos no adquieran la idea de propiedad”. Estas aseveraciones quizás lo empujaron a definir a los kawésqar como “las criaturas más abyectas y miserables”. Por otra parte, describe su regreso a Tierra del Fuego junto a Fitz Roy, cuando traían de regreso a Jemmy Button, un miembro del pueblo Yamana re-nombrado así por sus captores, integrante de un pueblo también nómada, también canoero, que fue raptado y trasladado a Europa, junto a tres miembros del pueblo Kawésqar, para exhibirlos ante la corte inglesa como experimento de un proceso “civilizatorio”. Darwin señala en sus escritos que sabían que la madre de Jemmy Button estaba desconsolada por su desaparición, que lo buscó incansablemente, y que por eso el investigador estaba muy atento al reencuentro cuando lo devolvieron a su lugar de origen. Ese momento fue descrito así por Darwin: “El encuentro fue menos interesante que el de un caballo, suelto en el campo, cuando se junta con un antiguo camarada”.

Efectivamente me parecen legítimas las suspicacias que pueden ocasionar los investigadores en las áreas de la antropología o arqueología o etnología en relación a los pueblos originarios por la “posición” de sus observadores. Las miradas, aunque expertas en algún sentido o metodológicamente probadas, pueden apuntar a un tipo de definición clasificatoria demasiado rígida o con ribetes de incomprensión. Pero considerando aún la complejidad de no un saber en la esfera del saber, no puedo dejar de señalar ahora que *Los nómades del mar* de Joseph Empeaire, consigue el efecto de mostrar y demostrar cómo en los años 1946-1948 ya resultaba indesmentible el

abandono impresionante o imperdonable que experimentaban los últimos exponentes de este pueblo por parte del Estado chileno.

Un Estado que se limitaba a acumular cuerpos privándolos no solo de reconocimiento en tanto permanencia histórica y producción de cultura sino, además, clausurando cualquier alternativa de reponer nuevas actividades. Un Estado que solo ejercía algunos controles burocráticos que no contemplaban la menor posibilidad de diálogo. Pero, a la vez, me parece necesario enfatizar que este libro da cuenta de una sobrevivencia extraordinaria (aunque ya muy escasa) que yo, desde la literatura como referente primordial, no podía en los años en que leí los libros, sino percibir como una poética del desastre (hoy pienso lo mismo), dado el terrible silencio oficial en que ha transcurrido su extinto transcurso. Recordar también que el pueblo Kawésqar era nómada y bajo el gobierno, del Presidente Pedro Aguirre Cerda, guiado por un equivocado espíritu solidario estatal, fue declarado sedentario y asignado y consignado en Puerto Edén sin consulta y generando un daño cultural irreparable al modificar su estructura ancestral, nómada canoera, sin diálogos, sin perspectivas, sin horizonte de futuro alguno.

Más aún, como gesto literario y político, me parece indispensable evocar también el genocidio del pueblo Selk nam (debidamente documentado), llamado también Onas. Un pueblo que hoy, curiosamente, se ha transformado en signo de identidad austral y sus poderosas figuras operan como “moda”, una instancia comercial inscrita en poleras, bolsos, aros, pegatinas, allí, en los mismos territorios donde fueron eliminados a balazos a finales del XIX y principios del siglo XX por los cazadores que después les cortaban las orejas para recibir la paga estipulada, de manos de los hacendados. Sin embargo, no existe, por parte del Estado, una recuperación y reparación ante este genocidio como no sea el resguardo de las fotografías de los Selk nam, muertos mientras el “cazador” pone orgullosamente su pie sobre el cadáver como su mejor pose para la fotografía. Por cierto, los aros, las poleras, la comercialización ignoran esas alucinantes fotos. Joseph Empeaire, afirma en relación a los Selk nam: “no se conocerá nunca el número de Onas asesinados, intereses y personas todavía en juego continúan creando en torno a este asunto de más de medio siglo de antigüedad un muro de silencio protector del respeto de sus fortunas. Cualquiera sea el número de los Onas masacrados [...] sigue siendo una monstruosidad imborrable” (Empeaire 106).

Joseph Empeaire entendió con claridad el drama que experimentaba el pueblo Kawésqar con el que convivió estrechamente y que estaba atravesado por emociones negativas ante la certeza de su propia extinción: “es posible que sean las numerosas muertes que diezman a la actual población alacalufe la causante de este estado de ansiedad” (301-302), observación que profundiza cuando describe su convivencia nocturna con las familias con las que compartía sus noches y sus días: “las noches en la cabaña indígena dejan a veces una alucinante impresión de terror. El sueño es entrecortado por quejas, gemidos y llamados, por despertares huraños de seres aterrados” (302).

Pero, también el texto da cuenta de esas zonas de desencuentro cultural o más bien ese sitio habitado por distintas lógicas que no terminan de entenderse: “Se pide a un indio joven, bastante familiarizado con el español para poder responder, que traduzca al alacalufe “la madre mece a un niño”. El responde de inmediato en alacalufe: “porque está llorando” Asimismo a la pregunta: “¿Cómo se dice mañana saldré de pesca?”, la respuesta viene siempre en alacalufe: “No, no habrá buen tiempo” (271).

En definitiva, *Los nómades del mar* de Joseph Emperaire es memoria activa más allá de las legítimas preguntas críticas que se puedan realizar, un ingreso a cuerpos minoritarios que formaron un pueblo, una historia y una lengua siempre necesarias para entender operaciones culturales como extraordinario ha sido el trabajo del lingüista Oscar Aguilera en conjunto con José Tonko, uno de los últimos miembros del pueblo Kawésqar y hablante de la lengua. Mi intención, al evocar estas imágenes, estos fragmentos de hablas, es reafirmar una mirada en torno a narrativas, narraciones, cuerpos, que deambularon por las orillas de los poderes pero que están allí para recordar que, aún en medio de un desastre, existe una forma de recuperación testimonial que impide el olvido y puede dar cuenta, como el caso de Joseph Emperaire, de todas las muertes, incluso de la propia como lo señaló Anne Chapman.

Pero no quisiera terminar sin señalar que existe otro viaje complejo, difícil, tan opaco como cruzar el Océano Atlántico en medio de una bruma insoslayable, constante, opresiva, como es el viaje ya no por la letra sino por los signos y por los contextos impuestos a la categoría de género. En muchas ocasiones –seguramente no siempre– la situación cultural de la escritura realizadas por mujeres chilenas y quizás latinoamericanas se convierte en una verdadera proeza por el des-valor que experimenta el género femenino en todos los ámbitos aún en los sitios aparentemente más liberadores, creativos y móviles como es el campo literario. Pero ya se sabe que no es así. Que las descalificaciones y, especialmente, la exclusión y la omisión son prácticas comunes, conocidas, frecuentes. Desde esa perspectiva me interesa cerrar mi intervención apelando a una política cultural igualitaria y, por eso, quiero recordar ahora a la poeta militante socialista (de un socialismo de otros tiempos) Stella Díaz Varín cuando se cumplen diez años de su muerte.

“¿Sabes cuánto duró mi marcha al caos?” (52), escribió Stella Díaz Varín, “La Colorina”, una de las poetas chilenas más consagradas de su generación. Inteligente. Desafiante y deslenguada. Reconocidamente alcohólica. Performática siempre. Ciudadana ilustre de la ciudad de La Serena (de una serenidad distinta). Fue necesaria y mítica aunque siempre pensé (tengo que decirlo) que parte importante de su brillante pensamiento fue más poderoso que el poder que le confirió a su personaje. Que algo se perdió en ese viaje por la teatralización constante de sí misma: la necesidad del protagonismo urgente de su imponente cuerpo ebrio. Pero qué importa. Porque ella fue sagaz. Respetada y temida. Pero resultó victimada por su letra de “poetisa” (nunca de

poeta). Sí, solo de “poetisa”, porque ella, la poeta que en verdad era, acudió demasiado temprano a habitar en el interior de su anacrónico tiempo.

BIBLIOGRAFÍA

- Lamin-Empeaire, Annette “Prólogo”. Empeaire, Joseph. *Los nómades del mar*. Santiago: Lom, 2002, 9-10.
- Darwin, Charles. *El origen de las especies por medio de la selección natural*. Disponible en: <http://www.cervantesvirtual.com/obra-visor/el-origen-de-las-especies-por-medio-de-la-seleccion-natural--0/html/>
- Díaz Varín, Stella. “Somnolencia inaudita”. *Obra reunida*. Santiago: Cuarto Propio, 2011.
- Eielson, Jorge Eduardo. *El cuerpo de Giulia-no*. Lima: Adobe, 2000.
- Empeaire, Joseph. *Los nómades del mar*. Santiago: LOM, 2002.
- Góngora, Luis de. “Soledades”. Disponible en: http://www.cervantesvirtual.com/obra-visor/soledades--0/html/fedc9aec-82b1-11df-acc7-002185ce6064_2.html